

gales, los robos y latrocinios honrados, los asesinatos realizados al amparo de la ley... No valen contra ellos las leyes y los presidios, la policía ni la magistratura; y la sociedad no se conmueve. Sigue estrechando la mano al bandido y al asesino. Y el bandido y el asesino siguen velando por el «orden» y fabricando leyes amparadoras...

¡Más reflexión, más calma, más sinceridad, señores paladines de la Honradez immaculada!

Cuando estalla una caldera, el mecánico no castiga la caldera; la construye mejor para que no estalle otra vez. Cuando cae del tejado una teja, no la castigamos; procuramos afianzarla con más fuerza para que otra vez no caiga. Pues hagamos lo mismo con el crimen. No suprimamos el criminal, suprimamos la causa. Trabajemos, trabajemos. Mejoremos la sociedad y mejoraremos el hombre...

## VIII

### DOCTRINA DE KROPOTKINE

CRÍTICA.—I. LAS PRISIONES.—II. EL NUEVO RÉGIMEN.

Pedro Kropotkine—dice Hamon—vive con su esposa Sofía y su hija Sacha en el pueblecillo de Bromley, á algunas leguas de Londres. Gózase allí de gran tranquilidad; el cielo es más puro, menos brumoso que el de la capital. Así, Kropotkine ha escogido este sitio para trabajar en paz, en la calma del campo, lo bastante cerca de Londres, para ir fácilmente á estudiar al British Museum.

El autor de *La conquista del pan* es alto, de ojos azules, dulces, bondadosos; rubia la lengua barba y plateada ligeramente por las canas. Su voz es segura, fuerte, agradable; y cuando habla en francés, nótasele un

ligero acento eslavo. Todo en él respira dulzura, aire patriarcal: la frente amplia, la mirada serena, el gesto reposado.

Kropotkine trabaja en su despacho rodeado de libros de todas clases. Habla siete ú ocho idiomas. Escribe y conversa en inglés con gran pureza, y en inglés da conferencias en Londres y en provincias, haciendo así la propaganda de las ideas queridas, á las que ha sacrificado su cuantiosa fortuna y su alta posición en el imperio ruso. Escribe en la *Nineteenth Century* la crónica científica, y de esos trabajos mantiénense él y su familia. Su vida es modesta, sin lujos, pero llena de las satisfacciones del apóstol...

## I

La doctrina de Kropotkine es muy sencilla: abolición de toda pena—presidios, cárceles, patíbulos. Las prisiones no mejoran al delincuente; le corrompen. Las estadísticas de reincidencia demuestran su ineficacia. «Todo el que haya estado en la prisión, volverá á ella». Es más; si la primera vez lo fué por un hurto, lo será la segunda por un robo; si antes por una herida, ahora por un

asesinato. Esto lo saben todos los que han frecuentado los presidios. Por azares de nuestras campañas sociales, hemos estado en ellos—dos veces en Francia; varias otras en Rusia—y lo sabemos positivamente. «Es raro que no haya vuelto Fulano», ofamos decir con frecuencia. «¿Se habrá trasladado á otro distrito?»

(*El expositor.*—«De los cien muchachos que entran en el Saladero, el 90 por 100 vuelven á él, ya por motivos fundados. Un tabernero que estaba sufriendo un arresto y que nos acompañaba en la visita á los *micos*, preguntaba á uno: *¿De suerte, tu nante, que si yo te hubiese colocado en mi casa, como quería, me hubieras robado?*—*No señor*, decía muy formal el muchacho, *entonces no tenta yo esa inclinación*». «Un chiquillo de nueve años que habían cogido durmiendo en un portal, no podía contestar á nuestras preguntas enternecido.—*Dentro de un par de meses ya no llorará*, nos decía el celador, mientras los demás muchachos miraban silenciosos á su nuevo amigo».—*Madrid*, cap. *La cárcel del Saladero*, página 181.—Madrid, 1881).

Las prisiones, como los conventos, como los cuarteles, atrofian la voluntad. Imposi-

ble hacer en ellas obra educativa. Las de Francia son detestables. Clairvaux pasa como modelo, y en Clairvaux se explota y se tiraniza inícuamente á los reclusos. Es una especie de ciudad fabril; hay fábricas de camas de hierro, de tejidos, de metros y botones, de calzado, de harina, de gas... Los 1.400 presos hacen todas esas cosas. El Estado subasta su trabajo, y los contratistas, como es natural, exprimen lo que pueden á aquellos infelices. Les pagan de 50 céntimos á 1 franco por día. Es verdad que no trabajan más que... *doce* horas. Pero en cambio tienen cuarenta y cinco minutos de paseo, en fila, á las cariñosas voces de *un, dos...* En Clairvaux se practica el régimen del silencio: una delicia del moderno correccionalismo.

Las prisiones alemanas no hemos tenido el gusto de conocerlas *experimentalmente*. Pero dicen que son tan malas como estas; y no tenemos interés en hacer caso de honra lo contrario.

De Inglaterra no hablemos. El *trad-mill* es una brutalidad medioeval. Los ingleses pueden estar satisfechos. Con esto solo dan quince y raya á los más estupendos suplicios que se apliquen en España.

(*El expositor*.—Kropotkine se olvida de nosotros. Por él hablará *Un presidente de Audiencia*. Y dirá que nuestro sistema penitenciario es «aglomerado, confuso y corruptor». «Y siendo tan malo el sistema penitenciario que en España existe, ¿cuál podrá ser su justicia?»—*Revista de las prisiones*, t. IV, pág. 34).

Se dirá: «Hay que mejorar las prisiones». Contestaré: Es inútil; la gravedad está en la prisión misma. El daño está en la privación de libertad. Haced todas las reformas que queráis; poned un Pestalozzi en cada presidio. Será en vano; mientras privéis al hombre de su libertad, no le haréis mejor.

¡La expiación y el remordimiento! Efectivamente... Ninguno de los que están en presidio reconoce la justicia de su pena. «Los grandes criminales no somos nosotros», dicen; «son los que nos tienen aquí encerrados. Si en vez de robar unos cuantos miles hubiéramos arramblado con unos cuantos millones — seríamos excelentísimos señores. Si en vez de haber muerto á un hombre hubiéramos asesinado á miles de hombres — seríamos generales victoriosos».

Y, ¿qué vamos á contestar á eso? ¿No

tenemos presentes las brutalidades de la guerra? ¿No estamos viendo todos los días los latrocinios del comercio, las falsificaciones de la industria, las irregularidades, las filtraciones, el bandidismo, en fin, de ministerios y empresas financieras?

Hombre que entra en presidio es hombre perdido. Se le desmoraliza; se le degrada; se fomenta en él el odio á una sociedad que tan injustamente le trata. La explotación, la rudeza, la crueldad de los carceleros completa la obra. Después cuando sale á la calle y la sociedad le infama, le persigue, le escupe, ¿qué va á hacer ese hombre sino asociarse á sus compañeros de crimen y aceptar la guerra que se le declara? ¿Qué ha de hacer sino devolver golpe por golpe? ¿Qué ha de hacer sino repetir la frase de Zola: *¡Qué canallas, las gentes honradas!*

En la prisión, un hombre es una *cosa*. Se le numera, se le mide, se le registra, se le pone un uniforme odioso, se le obliga á las prácticas religiosas, se le vigila la comunicación con los parientes y amigos. (En Inglaterra— otro rasgo civilizador— no se le permite escribir á la familia sino ¡poniendo su firma al pie de una circular impresa!) Y después, las intrigas, las delaciones, los

chismes, las calumnias, el servilismo, los vicios contra natura... ¡Es un encanto!

Aparte de esto, está la cuestión de *derecho*. (Hablemos á lo abogado). No hay libertad moral; no hay responsabilidad por tanto.

Todo el mundo sabe ya cuáles son las causas del crimen:

*físicas,  
individuales,  
sociales.*

Todos nuestros actos son determinados por estos factores.

Los penalistas italianos los han estudiado minuciosamente y han hecho notabilísimos trabajos. Pero se han corrido un poco. No nos parece mal que los encerrados en los presidios tengan algún defecto de organización cerebral; aceptamos, sin que haya que reñir, que tengan los brazos un poco más largos que los demás mortales, como quiere Lombroso. Pero, porque tengan esos defectos, y en su consecuencia obren, ¿los ha de encerrar la sociedad en un presidio ó los ha de confiar á los cariños de *Monsieur de Paris*? Y ellos, ¿qué culpa tienen?

## II

Ni prisiones ni casas de salud. Tan mala es una cosa como otra. Libertad absoluta; cuidados fraternales.

Un criminal es un enfermo. Observadlo. Una lesión del cerebro, una afección del sistema nervioso, del corazón, del hígado, perturba su vida y le torna descontentadizo, irritable, colérico. Un día riñe por una bagatela; otro se pone furioso por una insignificancia. Y el mal va creciendo, y el carácter va transformándose. Hasta que, *sin pensarlo*, el conflicto estalla... En otras condiciones, ese hombre hubiera sido un artista, un propagandista, un inventor. Así es un criminal. Toda la novela contemporánea está llena de estos casos.

Pues bien; el juez coge á ese criminal y lo mete en presidio. En presidio le educan con la acreditada pedagogía que hemos visto. Luego, si tiene la fortuna de volver á la vida social, se encuentra excomulgado por la honrada burguesía. *Ha estado en presidio*. No hay ninguno de esos distinguidos fariseos que le perdone, que le atienda, que le proteja, que le diga: «Aquí tienes una

casa; aquí tienes una mesa; aquí tienes trabajo».

Y ese es precisamente el remedio. Eso es lo que se debía hacer antes, y después, y á todas horas.

Siglos atrás se cometían atrocidades con los locos. Se les metía en jaulas como fieras; se les doblaba á fuerza de cadenas. Vino Pinel, les quitó las cadenas, les trató con dulzura, y el nuevo tratamiento hizo milagros. Más tarde, unos labriegos del pueblecillo de Gheel, recibieron en sus casas á los locos. Los dejaban en completa libertad. Los sentaban á su mesa; los hacían trabajar en sus faenas y divertirse en sus fiestas. Los locos curaban rápidamente, ó se conducían dulcemente.

Lo que Pinel se atrevió á hacer y luego han hecho esos sencillos labradores, hemos de hacerlo nosotros con los delincuentes. El Dr. Campbell, hablando de los enfermos de un presidio, decía: «Tratando á los presos con cariño, conseguíamos que reinase en el hospital el orden más perfecto.»

Porque es infalible: dad á un hombre cualquiera, el más benévolo, un átomo de autoridad, y pervertiréis á ese hombre, y lo tornaréis soberbio, irritable, vanidoso,

injusto. Suprimid en cambio la coacción legal, la fuerza, la autoridad, y la concordia, y la buena fe reinarán entre todos. No, no está la salud en las leyes equitativas, en los gobernantes justos, en la política recta: lo está en la supresión de la ley, del gobernante y de la política...

Libertad, cariño, piedad—he ahí todos nuestros carceleros.—No hagamos del hombre una bestia; hagamos del hombre enfermo, un hombre sano. Propagad por todas partes estas santas ideas; sed los apóstoles de este nuevo evangelio. ¡Que vuestros hijos no sean ni jueces ni verdugos!

## IX

## DOCTRINA DE HAMON

CRÍTICA.—I. DEFINICIÓN DEL CRIMEN.—II. LA RESPONSABILIDAD.

A. Hamon es uno de los sociólogos más eminentes de Europa, una de las más privilegiadas inteligencias, uno de los entendimientos más abiertos á toda ráfaga de verdad y de bien. ¡Grande y perseverante obrero intelectual! Paso á paso hemos seguido los progresos de este ilustre amigo, y le hemos visto en seis años crecerse desde escritor ignorado, hasta publicista universal, director de *L' Humanité Nouvelle*, director de la *Biblioteca internacional de las ciencias sociológicas*, profesor en la Universidad Nueva de Bruselas, catedrático en el Colegio libre de Ciencias sociales de París.

Yo no sé como elogiar á quien tanto vale